

El Santo Grial, ¿en Mérida?

El Santo Grial, para muchos, fuente de vida eterna e inmortalidad. Resultó que los últimos templarios que lo tuvieron en su poder, lanzaron una moneda de oro sobre un mapa para descubrir el lugar donde pasaría los próximos siglos y nunca más nadie pudiera lucrarse con su búsqueda.

Lanzaron la moneda y, como si esta fuera a cámara lenta dio varias vueltas en el aire. ¿Dónde caería, en África, Asia, el océano...? Ni mucho menos. El más viejo de los dos templarios alargó su brazo llevando su dedo extendido hacia el papel.

-A tierras hispanas- dijo con voz de autoconvencimiento sobre lo que estaban haciendo.

-Supondrá dejar vacío el "siege perilous"- le comentó el más joven no tan seguro y movido por la ambición.

El "siege perilous" era el asiento especial de la Mesa Redonda reservado a aquel que encontrara el Santo Grial.

-Si Arturo levantara la cabeza...-criticó el joven al veterano.

Cuatro meses más tarde se encontraban enterrando el cáliz en una cueva subterránea bajo el anfiteatro romano de Emérita.

Eran las siete y media de la mañana y sonaba el despertador de un joven estudiante emeritense de diecisiete años, Héctor.

Héctor era un apasionado del mundo medieval y proyectaba un gran futuro académico.

Bueno, en realidad también le gustaba leer cómics y en la estantería de su habitación se podía contemplar una gran saga Marvel con superhéroes como Spiderman, La patrulla X, Iron Man o El Increíble Hulk. En su clase 2º de Bachillerato C era considerado por sus compañeros un "friki", y la verdad es que no era una persona muy sociable, es más, era un especialista en sacar defectos a los demás. En resumen, que no era una persona social por naturaleza.

Tomó un bollo en la boca y cogió su bici porque ya llegaba tarde.

Hoy tocaba visita a las ruinas romanas de su ciudad. La visita incluía puente romano, acueducto de los Milagros, el circo, el teatro y el anfiteatro.

Mientras estaba inmerso en la vida imperial de la época, José Andrés, el típico chulo de la clase le pilló el móvil del bolsillo y lo arrojó hacia la lejanía. En seguida, Héctor, le dirigió una pequeña y tímida mirada de protesta y salió del teatro hacia el anfiteatro siguiendo la trayectoria de su motorola V-360v. Se encontraba deambulando por los pasadizos cuando de repente algo llamó la atención de su mirada, un destello mate procedente de un pozo semioculto. A Héctor le pudo la curiosidad y sin dudarlo se escabulló descolgándose de 2'10 metros de altura. Agarró aquella curiosa copa y sintió una enorme presión en la cabeza. De pronto, su cuerpo empezó a emitir una luz dorada que cesó a los pocos segundos. Se desplomó sobre el suelo y lo siguiente que oyó

fue un distorsionado “¡ está ahí, tirado!”. En seguida despertó y su primer impulso fue guardar el cáliz en su mochila.

-¿Estás bien?-le preguntó su profesora de latín, María Luisa.

-Mejor que nunca-respondió Héctor asombrado por su bienestar físico y subió de un salto a la superficie.

-¡Vaya friki!- se burló José Andrés.

Héctor agarró el 1´90 de su compañero y lo arrojó contra el resto de la clase. Todos quedaron boquiabiertos.

De vuelta a casa Héctor pasó de su bici y regresó a su hogar saltando de edificio en edificio. Esa sensación era...asombrosa, fascinante. Tenía superpoderes como los héroes de sus cómics y ya nadie se metería con él. Los chicos del instituto le temían, no se atrevían a mirarle a la cara, sabían que si le contradecían alguna opinión, éste la emprendería a golpes con ellos. Pero pronto se dio cuenta de que no tenía ningún amigo y de que estaba solo y eso era mucho peor a que se metieran con él.

Una noche soñó con un anciano barbado que vestía una túnica con un símbolo de los templarios en el pecho. El anciano le decía que a menudo nos creemos los más desdichados sobre la faz de la tierra, pero que basta con observar nuestro alrededor para ver que eso no es cierto. Aunque no lo pareciese esa era la clave para acabar con la soledad que sufría Héctor y para que conociese a alguien especial.

El chico despertó sobresaltado y empapado en sudor pensó en David, un compañero de clase apasionado por la historia. David era el insignificante de la clase. Nadie contaba con él y éste había sido el único que nunca se metió con Héctor. Esa misma tarde se fue a buscar al cultureta y entre ellos hubo una extraña conexión. Héctor le contó lo sucedido con el Grial y ahora eran dos personas con un mismo objetivo, desenterrar lo sucedido en épocas anteriores. Héctor le confesó que no quería más superpoderes y días después David le explicó que tras una exhaustiva investigación había dado con la solución. Así, esa misma noche volvieron al anfiteatro. Héctor dejó el cáliz donde lo había encontrado y como si de algo inmóvil al paso del tiempo se tratara, lanzaron una moneda sobre un mapa como hiciera el viejo templario en su día. El Mar Tirreno, ese sería el nuevo destino del Santo Grial. Ese mar que bañaba las costas romanas. Los dos chicos buscaron una conclusión y un significado a todo esto, y es que al parecer la ciudad de Roma estaba más estrechamente vinculada al mundo cristiano de lo que podríamos imaginar. Los romanos fueron quienes persiguieron y crucificaron a Cristo, quienes unos siglos después proclamarían el cristianismo como religión oficial del Imperio y , ahora, quienes albergarían una de las mayores reliquias de todos los tiempos, el Cáliz sagrado que usó Cristo en la Última Cena. Pero a nadie deberían decir los jóvenes el destino de tan preciada joya de coleccionista por la que muchos matarían en su momento. Parece que el “siegue perilous” seguiría vacío ... por el momento.

Víctor Rebollo Gómez, 2º Bachillerato C.